

# DISCURSO

PARA EL DÍA

## DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

(DE TRONCOSO.)

*Jacob autem genuit Joseph virum Mariæ, de qua natus est  
Jesus qui vocatur Christus.*

Jacob engendró á José el esposo de María, de la cual nació Jesus  
por sobrenombre Cristo.

*S. Mateo, c. 1. v. 16.*

¡ Cuán grande es la presuncion de los mortales en ambicionar títulos honoríficos, grandes renombres, dictados pomposos que puedan darles un derecho al predominio y elevacion sobre sus semejantes! ¿ Visteis la flor que al despuntar el alba embellece los alfombrados campos, y al declinar el sol se mira ajada y marchita, hollada tal vez con la planta del mismo labrador que la cultiva? Tal es el fin del hombre que ebrio de orgullo y fastuosa prepotencia, se eleva sobre los demas hombres. No bien su nombre ha comenzado á brillar en el mundo, cuando descende al polvo de la tumba, bajo cuya losa queda para siempre sepultada su memoria. Ni el gran rey de Persia que en su loca embriaguez llegó á llamarse el Dios de los reinos y el señor de los monarcas; ni Demetrio llamado por antonomasia el expugnador de las ciudades; ni Augusto comparado por sus aduladores al excelso Júpiter; ninguno en fin de esos grandes genios que con sus hazañas y heroísmo han sabido mientras vivieron excitar la admiracion de la humanidad, han podido evitar el golpe de la sañuda parca. Murieron... y sus nombres tambien cubiertos de oprobio y de baldon eterno, solo existen en la memoria del

cristiano ilustrado con la fe, para perpetuar la execracion que sigue donde quiera sus detestables vicios.

Solo el cristianismo ha conservado en sus preciosos fastos nombres llenos de verdadera grandeza, cuya gloria pasará á los siglos y sobrevivirá á las generaciones. Bajo su mano fecunda se ven brotar todos los dias estos nombres ilustres, que unos tras otros se precipitan, si así puede decirse, para formar, enlazándose entre sí, una cadena cuyo último eslabon es Dios, principio fecundo de toda virtud y santidad.

Pero entre todos estos nombres tan dignos de admiracion y asombro, el que hoy nos ofrece la iglesia nuestra madre no puede ménos de excitar en el alma del cristiano sentimientos de un orden superior. El gozo, la admiracion, el entusiasmo, la confianza, el amor, todos estos afectos se experimentan á la vez, al pronunciar el nombre de José, nombre lleno de una grandeza sin segundo entre todos los de los hijos de los hombres, porque está calcada sobre una virtud, sobre una justicia que no tiene término alguno de comparacion. José es un varon justo, así le llama la Escritura: *vir justus* (1); pero no basta esto para trazar el elogio de nuestro santísimo patriarca. La Idumea podria presentarnos á su príncipe Job, á quien tambien los sagrados libros llaman varon justo, recto y temeroso de Dios. Recordáramos la Caldea, la memoria de Abrahan que mereció el dictado de *Justo* por haber levantado el cuchillo para sacrificar á su hijo Isaac sobre el Moria, víctima de su obediencia á los preceptos del Eterno. El Egipto nos mostraria al anti-guo José cuya justicia se manifestó en todas sus acciones y le mereció el aplauso general de todos los pueblos. Empero.... Dónde voy? ¿ qué punto de contacto puede haber entre estos varones justos cuya virtud encomian las sagradas páginas, y el santísimo patriarca José? Cuando recorriendo el velo de los pasados siglos contemplamos la dilatada serie de patriarcas que precedieron á la venida del Mesías, despues de haber admirado tanta grandeza, tan relevantes méritos, virtudes y prodigios tantos, nos vemos obligados á confesar que en ninguno se halla una grandeza tan positiva como en aquel varon perfectísimo, que solo entre todos los hijos de los hombres mereció ser escogido para la dignidad altísima de esposo de la madre de Dios y

(1) *Matth. c. 1. v. 19.*

padre presunto de este mismo Dios. Sean en buen hora los unos caudillos aguerridos del pueblo santo para exterminar de la faz de la tierra las naciones enemigas del nombre del Dios de Israel; sean los otros escogidos para perpetuar en las generaciones el pacto de alianza eterna hecha por Jehová con los hombres, de una posteridad mas numerosa que las estrellas del cielo y las arenas del mar. De ninguno empero puede decirse lo que de nuestro excelso patriarca han dejado consignado las sagradas páginas. José fué esposo de María, de la cual nació Jesus que se llama Cristo. ¡Qué idea tan sublime se ofrece á nuestra vista en estas cortas expresiones! Ella es la que va á darnos materia para trazar el elogio de nuestro santísimo patriarca: sin salir pues de estas palabras del texto, voy á procurar demostraros que la gloria de José adquiere una grandeza sin igual por el título de esposo de María y de padre putativo de Jesucristo. *Ave María.*

#### REFLEXION ÚNICA.

Cuando yo cifro la gloria principal de nuestro excelso patriarca en haber sido escogido para esposo dignísimo de la madre del Verbo humanado, nada habria que extrañar que en un tiempo en que la crítica se ostenta tan severa y descontentadiza, hubiese alguno entre mis oyentes que deseara saber la razon de conveniencia que existia para dar á María por esposo á un hombre terreno, siendo ella la esposa agraciada del Espíritu divino, en cuyo augusto tabernáculo habia de morar el hijo del Eterno. ¿Acaso necesitaba Dios servirse de un hombre para realizar sus eternos designios? No: porque es omnipotente, y con igual facilidad llama y evoca á sí las cosas que existen como las que no existen. Si pues María debia ser madre vírgen, y sin detrimento de su virginal pureza habia de engendrar un hombre Dios, ¿qué necesidad habia de colocar á su lado un hombre con el título de esposo suyo?

Aquíetense empero vuestros espíritus, y escuchad con respetuoso silencio á los oráculos de la iglesia en la materia que nos ocupa. « Aquella vírgen, dice san Ambrosio, que ha de tener á un Dios por hijo, es desposada con un hombre para consultar á la integridad de su fama: para que no padezca la menor sospecha su virginidad, ni lesion alguna su honor. » Á esta

razon tan convincente, añade otra de no menor peso el padre san Gerónimo. « María, dice, es desposada con José para que no fuese apedreada por los judíos como adúltera. » Lo cual confirma el angélico doctor santo Tomas con estas palabras: « Si la madre de Jesus no hubiera estado ligada con el sagrado vínculo del matrimonio, su hijo hubiera podido ser juzgado espurio é ilegítimo: no se le hubiera creído verdadero Mesías; y entónces ¿qué hubiera sido de la gloria de este Dios humanado y de su madre vírgen? »

Baste esto para orillar cualquier duda que acerca de la conveniencia de la elección de José pudieran alimentar vuestros espíritus, y concretémonos únicamente á contemplar la gloria que de este título resulta á nuestro excelso patriarca. Y en efecto, católicos, ¿puede imaginarse grandeza mas positiva en un puro mortal, que el ser destinado en los inefables designios de la infinita Sabiduría, para dar la mano de esposo á aquella criatura que un dia debia dar á luz al Redentor de toda la humana raza, á quien el universo todo debia aclamar madre de Dios? Si el mas sabio de los hombres no dudó afirmar que es dichoso y sumamente feliz el esposo de una mujer buena, ¿habrá dicha ó felicidad comparable á la de un hombre admitido por el cielo á la alianza con una esposa que no reconoce otro mas alto fuera del Criador ni en el cielo ni en la tierra? No es posible. Si María es el verdadero tabernáculo fabricado por Dios para depositar en él la gloria del engendrado en los esplendores de los santos, José es la misteriosa niebla que le cubre y hace inaccesible á las impuras miradas de los incircuncisos y profanadores. Si María es el arca mística que encierra en su seno al autor inefable de la nueva alianza, José es el mas venturoso Obededon que la custodia, el ardiente y celoso querubín que la defiende de los asaltos de la audacia infernal. Si María es la gallarda palma que descuella en los desiertos de Cades, José es el arroyuelo manso que, sin tocarla, la conserva en su verdor y lozanía. Si María es la rosa que embellece los campos de Jericó, José es el solícito jardinero que no permite sea hollada con inmunda planta. Si María es el verdadero paraíso en quien fijara su mansion deliciosa el nuevo Adán Jesus, José es el ángel tutelar que le pone á cubierto de las arterias de la homicida serpiente. Si, en suma, María es la verdadera madre de Dios, José es verdadero esposo de María.

¡ Oh feliz y mil veces bienhadado José , exclamaré aquí con un piadoso escritor. Á ti solo ha sido concedida una grandeza que jamas se concediera á los ángeles ni á ninguno de los hombres. Tú solo pudiste decir á la mas pura y santa de todas las vírgenes : tú eres mi esposa ; contigo estoy asociado con los vínculos de aquel amor sagrado que solo engendra vírgenes ; y cual sombra misteriosa , estoy destinado á cubrir tu candor é inocencia , para que lo que de ti debe nacer un día , sea llamado hijo de Dios.

Nada mas que esto necesitaríamos , católicos oyentes , para caracterizar la grandeza de nuestro excelso patriarca san José ; solo esto bastaria para inferir su eminente santidad sobre todos los demas justos de ambos testamentos. El gran padre de la iglesia san Gregorio Nazianceno , cuando en el elogio de su santa hermana Gorgonia se propuso encomiar el raro mérito de su virtuosísimo esposo , compendió todo su panegírico en estas breves palabras : ¿ Quereis , dice , formar una justa idea de la virtud eminente de este varon ilustre ? Pues sabed que fué digno esposo de Gorgonia. No dudaré yo servirme de este mismo pensamiento respecto de nuestro santo patriarca José , y en su consecuencia deciros : si deseais concebir y penetrar á fondo cuál fuese la grandeza , la virtud y méritos sin ejemplo de este varon insigne , considerad que fué esposo dignísimo de María : *Joseph virum Mariæ*. Discurrid pues bajo esta suposicion cuál deberia ser aquel hombre destinado por el Altísimo entre todos los demas patriarcas , profetas y justos , á enlazarse con aquella esposa agraciada del Espíritu divino , de quien está escrito que es toda hermosa , toda pura , toda inmaculada entre las hijas de Adan ; cuya alma jamas fué mancillada con el impuro hálito de la serpiente venenosa ; cuyo corazon es el templo vivo de la divinidad , y cuya santidad en sentir de san Hilario excede incomparablemente á la de todas las gerarquías celestiales.

Ah ! No os maravilleis ya que los santos padres , hablando del excelso patriarca san José , profieran expresiones que á espíritus superficiales y poco reflexivos pudieran parecer rasgos hiperbólicos ó excesos de devocion. Si oís decir á un san Pedro Damiano que José llegó en la esfera de hombre á una línea de grandeza y santidad á que nada es posible añadir : si leéis en san Agustin que la justicia de José fué tan perfecta y su pureza tan extremada , que pudo muy bien parangonarse con la virgi-

nidad de la inmaculada vírgen María ; si san Bernardino de Sena se atreve á asegurar que la Vírgen franqueó á su dignísimo esposo san José todo el tesoro de virtud que él fué capaz de recibir ; si en suma el doctísimo abad de Claraval no titubea un solo instante en decir que entre todos los hombres José es el que mas se distingue en la presencia de Dios , por la integridad de sus costumbres , por la pureza de su cuerpo , por la humildad de su espíritu ; el mas lleno de méritos por su amor á Dios , su caridad con el prójimo , su constante contemplacion de las cosas celestiales , y su inviolable fidelidad en la observancia de los divinos preceptos ; cuando todo esto y mucho mas oigais decir de nuestro santo patriarca , dejad de maravillaros ; reflexionad que fué esposo dignísimo de María ; y considerado bajo este punto de vista , hallaréis que todo ello es mucho menor de lo que exige una dignidad tan incomparable. José , dice el mismo san Bernardo , debia tener una semejanza la mas perfecta posible con su santa esposa ; y de aquí necesariamenté es de inferir , que así como María excedió incomparablemente á todas las hijas de Judá en los carismas , riquezas y dones del Espíritu santo (1) , del mismo modo José debió aventajar á todos los nacidos y por nacer en gracia , en virtud , en santidad y en magnificencia.

¿ Y qué pensarémos , católicos , de nuestro santísimo patriarca , si á la dignidad augusta de esposo de María , de que estuvo investido , añadimos la incomprensible de padre putativo de Jesucristo ? Ah ! Proclamen en buen hora los siglos las grandezas de Moises , llamado un dia por el mismo Jehová Dios de Faraon (2) , porque fué el destinado á abatir la pujanza de aquel orgulloso monarca , y á arrancar de su ominoso cautiverio al pueblo de Israel. ¿ Qué tiene de comun este título que al Señor plugo mas de una vez comunicar á sus escogidos , con el incommunicable atributo de Padre de Jesucristo , que solo á José fué comunicado por el mismo Dios ? Qué portento ! El entendimiento humano se resistiria á creerlo , á no haberlo consignado el Espíritu divino con caracteres indelebles en las sagradas páginas. Sí , en ellas está escrito que María y José padres de Jesus le condujeron al templo de Jerusalem para presentarle al Señor (3). Allí está escrito que María , madre de Jesus , y José su

(1) *Prov. c. 31. v. 29.* (2) *Exod. c. 7. v. 1.* (3) *Luc. c. 2. v. 27.*

padre, escuchaban con admiracion las cosas que de él se decian. Allí está escrito que los padres de Jesus iban todos los años á Jerusalem á la festividad solemne de la Pascua. Allí está escrito que la misma Virgen, quejándose á su divino Hijo por la ausencia en que de él habia estado cuando se quedó en el templo, le dice: ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de afliccion te hemos andado buscando. Allí está escrito que José era universalmente tenido por padre de Jesus aun cuando este rayaba ya en los treinta años de su edad. Y todavía despues, cuando Jesucristo predicaba en las sinagogas el reino de Dios, ¿no se oyó á las turbas exclamar admiradas á vista de tanta sabiduría: Qué! no es este el hijo del artesano, y cuya madre se llama María?

Ahora bien, imagínese un título que mas engrandezca á nuestro santo patriarca. Mas no es posible, católicos; ante esta dignidad jamas vista ni conferida á otro sino exclusivamente á José, toda elocuencia debe enmudecer. En virtud de ella adquiere un dominio innegable sobre aquel Dios á quien en el cielo adoran los ángeles, ensalzan los arcángeles y todas las celestiales inteligencias rinden vasallaje. Si el antiguo patriarca de Egipto pudo gloriarse de que el Señor le habia hecho en cierto modo padre del rey y príncipe de toda su casa, porque agraciado por Faraon con la segunda dignidad del imperio le habia confiado el mando de todos sus dominios, y constituídole distribuidor de sus liberalidades; ¿con cuánta mas razon puede gloriarse nuestro santísimo patriarca constituido padre presunto del Rey de reyes, jefe y señor de aquel á quien en la tierra obedecen los imperios, acatan los monarcas, y los cetros, y las coronas y las púrpuras reconocen y proclaman Rey inmortal é invisible de todos los siglos? Yo leo en los fastos de la antigüedad que el grande Tolomeo, el dia en que por abdicacion suya vió ensalzado á su hijo sobre el solio, no pudo contener los excesos de júbilo que inundaban su corazon, y en presencia de toda su corte empezó á exclamar á voz en cuello: « ¡Todos los reinos juntos no pudieran proporcionarme una felicidad tan completa como el verme hoy padre de un rey! » Pues esta felicidad en toda su extension, en toda su verdad la experimentó nuestro santísimo José, pues fué el único que, despues de Dios, pudo llamarse padre del que domina el orbe, sobre cuya mano ruedan los tronos de los príncipes, y cuya omnipotente voluntad

avasalla y hunde en el polvo los mas esclarecidos imperios; de aquel cuya duracion en el trono no tiene otros límites que la eternidad, cuyo dominio es el universo, el cielo su asiento y la tierra el escabel de sus piés.

Callen ya todas las voces humanas: sepúltense en el olvido todos los elogios que pueden fundarse sobre los fastuosos títulos de la casa y familia de José. ¿Qué necesidad hay de investigar el árbol genealógico de este ilustre patriarca, ni de evocar á un exámen circunstanciado los blasones y timbres gloriosos de sus ilustres progenitores? Decir que circulaba por sus venas la sangre de David, y que contaba en sus ascendientes una larga serie de monarcas, profetas y sacerdotes (1), no haria sino oscurecer su gloria, sin añadir cosa alguna al magnífico y nunca hasta entónces oído elogio que el Espíritu santo hace de él, llamándole por los evangelistas padre de Jesus. Tal es, dice el padre san Basilio, la altura en que sobre todos los hombres se halla colocado el excelso patriarca san José. Solo él, elevado en cierto modo á un órden hipostático en virtud de su eleccion para esposo, custodio y defensor de la mas divina virgen, para protector y ayo del mismo Dios humanado, pudo decir á Jesus con toda verdad: tú eres mi hijo: *filius meus es tu*.

Estas palabras, católicos, me conducen casi sin saberlo al abismo de las glorias de nuestro santo patriarca. Dejemos pues aparte las magníficas comparaciones, las deducciones brillantes que pudiéramos hacer para robustecer el elogio de su grandeza sin semejante, y preguntémosnos, ¿cuál debia ser la gracia, la virtud, la santidad, los dones y carismas comunicados á un mortal á quien el mismo Eterno entrega, por decirlo así, su Unigénito engendrado entre los esplendores de los santos, ántes de que existiese el lucero de la mañana; á quien confia aquel en cuyo rostro se contempla con el mayor placer y en quien mira su misma esencia y todos sus atributos? ¿Con quién podremos asemejar á un hombre que ejerce en la tierra sobre el Verbo humanado los mismos derechos, las mismas prerogativas, un dominio idéntico al que el Padre ejerce en el cielo, segun la sublime expresion de todos los padres de la iglesia? ¿Será suficiente decir que José reunió en sí las mas vivas luces de los profetas, el amor tierno y eficaz de los patriarcas, la inocencia y

(1) *Luc. c. 3. v. 23 et seq.*

pureza de las vírgenes, la fe firme y constante de los apóstoles, el valor é imperturbable fortaleza de los mártires, el celo de los confesores, las virtudes en fin de todos los justos? Pero esto ya lo ha consignado el espíritu de verdad diciendo con una sublime cuanto lacónica elocuencia que José era un varon justo: *Joseph vir justus*, que es decir, segun la expresion de san Juan Crisóstomo, un varon de una virtud sobrehumana. Seguidle si no en todas las fases de su vida santísima: contempladle en Belen buscando solícito un albergue para el Hombre Dios en medio de los desprecios y abatimientos mas crueles; consideradle en el templo de Jerusalem; en su fuga al país de los egipcios; en Nazaret; y donde quiera hallaréis un santo que en las mas delicadas circunstancias hace brillar un candor mas que angélico, una prudencia la mas consumada, una paz inalterable, una resignacion á toda prueba, una fe, una esperanza, una caridad dignas de aquella con quien estaba asociado; un héroe dotado de una discrecion y de una magnanimidad tanto mas admirables, cuanto que hubieron de luchar contra la idea de infidelidad en aquella á quien él veneraba como el modelo de la virtud, como la fidelidad misma; un hombre en fin cuya santidad pudieron emular los mismos ángeles, cuyas virtudes admiró el cielo, cuya gloria no tuvo semejante, porque debió ser (en cuanto cabe en lo humano) la imágen mas perfecta de un Dios cuya paternidad ejerció en la tierra, y de la madre de un Dios de quien fué fidelísimo esposo: esposo y padre casi divino, como se expresa un piadoso y sublime ingenio de nuestro siglo (1).

¿Qué mas podreis desear, católicos, para persuadiros de la grandeza sin igual de nuestro santísimo José? ¿Registrarémos los fastos de la historia? ¿Desenvolverémos los libros evangélicos? ¿Desentrañarémos las elocuentes páginas de los oráculos del cristianismo? ¿Preguntarémos á la tradicion? ¿Consultarémos en fin la opinion de todos los siglos? En vano, señores; la tradicion, los siglos, los padres, los monumentos históricos, siguiendo los libros evangélicos, han basado los elogios de este excelso y amabilísimo patriarca sobre aquellas palabras admirables que nos sirvieron de tema: José fué esposo de María, de la cual nació Jesus que se llama Cristo.

(1) *Madrolle, Magnificences de la religion. part. 3. c. 3. Magnific. de S. Joseph.*

Sí, oh varon santísimo! este es tu mayor blason, esta tu mas ilustre gloria; gloria que jamas fué concedida á mortal alguno, ni á las mismas inteligencias celestiales. Tú solo mereciste ser esposo de la virgen por excelencia, y padre presunto de aquel que no reconoce mas padre en el cielo que el Dios eterno. ¡Llor y bendicion á ti, oh el mas privilegiado de todos los hombres! Alcánzanos de aquel que tantas veces mereciste tener en tus brazos, gracia para vivir santamente en este mundo, á fin de que algun dia seamos dignos de acompañarte en la gloria por los siglos de los siglos.